

las últimas los veteranos : aquella, impetuosa en la acometida, estos, firmes en sostener el ataque. ¿Cómo podía permanecer incierta la victoria? Tan desastrosa expedición de gente levantada en masa, desangró á la Persia. Los Griegos del Asia aspiraron á la independencia; los de Europa los sostuvieron; y así, en las costas del Asia Menor, la mas remota de sus provincias occidentales, se vió la Persia obligada durante treinta años á sostener una guerra defensiva que la hizo abandonar todo pensamiento de conquista, y perder el equilibrio interior.

Muerte de Jérges. 472.

Jérges, de vuelta á Susa, se dejó gobernar por la reina Améstris. Enamorado despues de Masiste, cuñada suya, por atraerse su voluntad, casó á su primogénito Darío con Artainta, hija de aquella. Viendo luego que Masiste se le resistia, volvió su pasión hácia Artainta; zelosa de esto Améstris, se apoderó de ella, mutiló su cuerpo arrojando á los perros las carnes cortadas de él, y se la devolvió de este modo á Jérges, el cual con la mayor serenidad se contentó con dar aviso á su hermano. Jérges, por último, sucumbió en una conjuración urdida por Artabano y por el eunuco Spamitres.

CAPÍTULO XII.

Primacia de Atenas.

En Maraton habia combatido Esquilo; Sófoles, formando parte de un coro de niños, cantaba himnos á los dioses en accion de gracias por la victoria de Salamina; Eurípides nació el mismo dia en que esta se alcanzó; Herodoto se preparaba á eternizarla con la pluma, Fidias con el mármol. Todo esto anuncia los espléndidos tiempos de Atenas; ¿pero dejaremos por eso de advertir sus torpezas? Conservóse largo tiempo un cuadro que representaba procesiones de meretrices, bajo el cual habia escrito Simónides : *Estas rogaron á la diosa Venus, la cual por su amor salvó á la Grecia.* El dia del combate de Salamina, en la capitana de Temístocles, tres bellísimos prisioneros fueron inmolados á Iacco (*), é Iacco propicio contribuyó con portentos á la victoria.

Los Griegos habian vencido entónces, pero tenían cercanos á los sátrapas medos, que aspiraban á corromper con el oro y con la molicie á los que no habian podido convencer con el hierro, y que en efecto, con frecuencia consiguieron comprar á los principales. El botin aumentó las riquezas; y estas fueron derrochadas con el descuido propio de los que tan fácilmente las habian adquirido (1). Libres del temor de un

(*) IACCO (Ἰακχέρις, dar gritos), sobrenombre de Baco, tomado de los gritos que las Bacantes daban en sus fiestas. Algunos autores, sin embargo, distinguen á Baco de Iacco, y creen que este era hijo de Ceres, porque se pronunciaba su nombre en los misterios de Eleusis. V. Herodoto, 8, c. 56. — Virgil. égloga 6. — Metamorf., 4, 15. — Paus., 1, c. 2.

(N. del T.)

(1) Desde Solon á Demóstenes, el valor de los géneros en Atenas llegó á quintuplicarse. A mediados del iv siglo á. C. un medimno de grano valia 5 dracmas; un buey costaba 80 drac-

mas; un carnero 16, y 10 un cordero. Al principio de aquel siglo el jornal de un operario valia 3 óbolos; un caballo 1,200 dracmas; 20 un manto; 8 un par de sandalias; un puercito 3. En tiempo de Solon un buey no valia sino cinco dracmas. Lisias, en el año de 410 ponía pleito á un tutor por haber valuado en 16 dracmas un cordero comprado para las fiestas de Baco, y repudiaba exorbitante el gasto de cinco óbolos diarios para la manutencion de dos muchachos y una niña. Una casa se valuaba en 500 dracmas. Lamentándose un amigo de Sócrates de la carestia de Atenas, donde el vino de Chio costaba una mina, 3 un vestido de púrpura, y 5 dracmas una pequeña medida de miel, Sócrates lo condujo á casa de varios mercaderes de harina, de aceitunas, de vestidos, y le hizo ver que podia comprar una túnica por seis dracmas, y harina y aceitunas por poquísimo dinero.

En las *Mémoires de l'Institut royal de France*, t. XII, 1836, hay una disertacion del Señor Dureau de la Malle, sobre la relacion del precio del grano con el dinero, en la cual se prueba que en Atenas, desde Pericles á Alejandro, el medimno de trigo (81 libras) valia 5 dracmas, y que la relacion del dinero con el grano era 1,822 : 1; mientras que en el último siglo de la república en Roma era 2, 268 : 1.

Atenas reedificada. 477.

» una escuadra comun, propone ahora incendiarla, lo cual equivale á entregar en manos de Jérges, no solamente á Atenas sino á toda la Grecia. Su consejo es peor que el que pudiera dar cualquiera enemigo.»

Mas decoroso y oportuno apareció Temístocles en ocasion en que, habiendo los Espartanos propuesto excluir de la Anfictionia á los pueblos que no hubiesen combatido contra los Persas, se opuso á ello haciendo notar cuán grande número quedaria excluido, dejando la Grecia á merced de dos ó tres ciudades. De esta manera, si bien movido por sus zelos contra Esparta, hizo un servicio al país, estrechando los lazos en lugar de aflojarlos. Y solo por esta union la Grecia llegó á tanto poder, que dilató y consolidó su autoridad en Italia; extendió su dominio desde Chipre al Bósforo de Tracia y á las islas del Egeo; se estableció en la Tracia y en Macedonia, en las costas del Euxino, desde el Ponto hasta el Quersoneso Táurico (Crimea), y protegió la libertad de las ciudades jónicas. Fué enviada primeramente la escuadra contra Chipre y Bizancio para desalojar de allí á los Persas, mandando á los Atenienses Aristides y Cimón, hijo de Milciades, y á los Espartanos Pausánias, tutor de Plistarco, hijo del héroe Leónidas; por cuyos esfuerzos quedaron Chipre en libertad, conquistada Bizancio, expulsados los Persas, y muchos parientes de Jérges prisioneros. De estos últimos pensó sacar gran provecho Pausánias, que enorgullecido con la victoria de Platea, aspiraba á la dominacion. Enviólos, por tanto, sin rescate al rey, haciéndole entender por su conducto, que si le concedia por esposa á su hija, le haria dueño de la Grecia. Parecióle bien á Jérges la proposición y trató de halagar á Pausánias, el cual disimulaba mal sus designios, vistiendo ya, comiendo y tratándose á la usanza persa. Ofendidos de ello los Jonios y los otros confederados, se separaron de Esparta para unirse á Atenas, atraídos ademas por la singular bondad de Aristides y de Cimón; y de este modo recobró la última la primacia del mar (1).

470.

Pausánias.

477.

(1) *Diodoro Siculo* da la siguiente reseña de los pueblos que alternativamente tuvieron el imperio del mar.

Despues de la guerra de Troya tuvieron el imperio del mar :

I Los Lidios y Meonios por	92 años.
II Los Pelasgos por	83
III Los Tracios por	79
IV Los Rodios por	33
V Los Frigios por	25
VI Los Cipriotas por	33
VII Los Fenicios por	45
VIII Los Egipcios por	(número perdido.)
IX Los Milesios por	18
X Los Carios por	61
XI Los Lesbios por	63
XII Los Focenses por	44
XIII Los Samios por	(número perdido.)
XIV Los Lacedemonios por	2
XV Los de Náxos por	10
XVI Los Eritreos por	15
XVII Los Egimetas por	10 hasta el paso de Jérges.

Esta lista está de todo punto incompleta, y desprovista de autenticidad, ignorándose su procedencia. De todos modos no debe entenderse sino de la primacia sobre el mar Egeo.

bajo mano procuraba proporcionarse fautores, halagando á los Ilotas y á los Mesenios, pero los éforos tuvieron medio de condenarlo á muerte. Habiéndose refugiado en el templo de Neptuno lo tapiaron en él, y su madre llevó á este efecto la primera piedra, no queriendo reconocer por hijo á quien era traidor á su patria.

Se pretende que Temístocles tenia inteligencia con Pausánias; pero no hay mas fundamento para creerlo así que su ambicion de mando, y las inagotables riquezas de que hacia ostentacion. Por esto era mal visto en Atenas, como tambien por haber erigido un pequeño templo á Diana del Buen Consejo, á causa de los que habia dado en la pasada guerra; y porque á cada paso recordaba los servicios por él prestados, mostrándose grande para hacerlos, no para olvidarlos. En estas circunstancias las islas del Egeo, saqueadas por él, se quejaron; Esparta, quizá por venganza, lo acusó; por lo cual los Atenienses lo llamaron á juicio, pero él apeló á la fuga. Entónces le fueron confiscados sobre cuatrocientos talentos, si bien sus amigos pusieron á salvo grandes cantidades; y él buscando refugio al lado de Admeto, rey de los Molosos, debió traer á la memoria las palabras que su padre le habia dicho, mostrándole una barca vieja que se pudria abandonada en la playa: *Así abandona el pueblo á aquel quien ya no necesita.*

475.

Destiempo de Temístocles.

471.

Pero ni allí le concedia reposo el odio de los Lacedemonios; y creyéndose, por lo tanto, mal seguro, huyó á Pidna, en Macedonia; de allí navegó hácia la Jonia, y arrojado por una tempestad al Asia, se atrevió á presentarse al rey de Persia. Ya fuese que estuviera con él en relaciones, ya que alegase como mérito los astutos consejos que habia dado en tiempo de la invasion, ó que le ofreciese la esperanza de ayudarle á conquistar la Grecia, ó bien que la generosidad persa respetara el valor hasta en un enemigo, el hecho es, que Artajérjes Longimano, sucesor de Jérges, lo acogió generosamente, otorgándole las rentas de tres ciudades y un matrimonio ilustre. Poco despues, dicen algunos, que se dió él mismo la muerte por no querer ó no poder llevar á efecto las promesas hechas al gran rey; pero otros aseguran que murió naturalmente, y que sus huesos fueron devueltos á la patria por sus amigos. Fué de los hombres mas grandes que recuerda la Historia; indomable en la adversidad, pero no tan entero en la próspera fortuna; previsor de los casos remotos, fecundo en expedientes en los apuros, y pronto en aprovecharse de las ideas ajenas, y en hacer con la elocuencia adoptar las suyas propias.

450.

De este modo la ambicion arrastraba á un fin desastroso á dos héroes de la guerra púrsica; Aristides, por el contrario, conservó inmaculada su pobreza; y á pesar de haber tenido en sus manos el tesoro de la Grecia toda, murió en tal miseria, que la república tuvo que sufragar el gasto de sus exequias y la manutencion de sus hijos.

Muerte de Aristides. 467.

Lucha por la primacía de la Grecia.

El haber pasado de los Espartanos á los Atenenses la primacía, no fué un suceso de poco momento, pues que dió origen á la larga rivalidad que existió entre los dos mayores Estados de Grecia. Atenas, que mostró siempre mas generosas y extensas miras, preparó una liga perpétua entre las principales repúblicas ó islas de la Grecia, excepto el Peloponeso, con el fin de continuar la guerra contra los Persas. Como el dinero necesario para este objeto se recaudaba en un principio arbitrariamente, dando á menudo ocasion á reclamaciones y desavenencias, Atenas fijó la cantidad en proporcion de los recursos de cada Estado, disponiendo que se depositara en Délos (1); y Aristides, recorriendo el país y examinándolo todo, los dejó avenidos sobre este punto. La administracion del tesoro comun pasó despues de él á otros, Atenenses siempre, pero no siempre de igual virtud.

Como Temístocles habia previsto, el imperio del mar trajo en pos de sí el de la tierra; y el primado de Grecia, que primitivamente no habia sido mas que una simple preeminencia en la guerra contra los Persas, sin extenderse sobre los aliados, ni dar la mas pequeña intervencion en los negocios interiores, vino á ser una especie de direccion política, propensa á degenerar en dominacion absoluta. Pasado el peligro de una invasion por parte de los Persas, la continuacion de la guerra y las contribuciones vinieron á ser para los aliados un vejamen que se negaron á sufrir; Atenas las recaudó por fuerza; y á los aliados que de todo punto se resistieron, los trató como rebeldes, y los redujo con las armas á la condicion de súbditos. Los otros Estados, por el contrario, se inclinaron hácia Esparta, que constituyó de este modo una liga opuesta á la de Atenas, ademas de gozar ya la primacía en el Peloponeso.

Mudanzas interiores.

Esparta y Atenas, sin embargo, habian introducido grandes variaciones, no precisamente innovando los estatutos de Licurgo y de Solon, sino tolerando cierta laxitud en su observancia, dejando en desuso algunas prácticas, é introduciendo otras nuevas. Los reyes de Esparta no eran nada á la sazón; los éforos lo eran todo, como sucedió en Venecia con el dux y los inquisidores de Estado. En Atenas, Aristides habia conseguido que la cuarta clase del pueblo fuese admitida tambien á los cargos; mas no por eso se afianzó el dominio popular; por el contrario, las relaciones exteriores acrecentaban el poder de los estrategos generales, elegidos anualmente, que absorbían en sí la direccion de los negocios, aunque aparentaban favorecer al mayor número.

Indole ateniense 470 — 430.

Entretanto, Atenas, vencedora de los Persas, y colocada á la cabeza de la Grecia, quiso mostrarse digna de aquel puesto, circundándose de todo el esplendor de la civilizacion, y durante los siguientes cuarenta años elevándose á una

(1) Por entónces fueron 160 talentos anuales; en tiempo de Pericles 600; y mas adelante 1,300.

grandeza deslumbradora. Los Atenenses, sóbrios en sus gastos domésticos, prodigaron sus tesoros en la magnificencia de las fiestas, de los espectáculos y de los edificios; sentian en sí como cierta exuberancia de vida; y no haciendo distincion entre la pública y la privada; sacaban del sentimiento de sus propias fuerzas la necesaria energía para recorrer la senda de las ciencias y de las artes. Con la única de estas últimas que se reputaba hasta entónces digna de hombres libres, habian los Atenenses suplido á la esterilidad de su comarca; y si bien no prevaleció entre ellos el espíritu mercantil, ocupábase, sin embargo, en el tráfico con las poblaciones de las costas de Tracia y del Mar Negro. El mezclarse en los asuntos del gobierno, y discutir públicamente los negocios comunes de la patria y los propios, dióles sutileza en el discurso, prontitud en apreciar las relaciones, y suma facilidad para expresarlas; establecieron escuelas ex profeso para enseñar á pensar con rectitud y á razonar con elegancia y precision; y quienes podrian conseguirlo mejor que aquellos que manejaban como libro elemental las obras de Homero, que introducian la poesia en todas las solemnidades de la vida, para los cuales Sócrates razonaba en la plaza, á quienes deleitaba Sófocles en el teatro, Platon inspiraba en el aula, y Demóstenes convencia en la tribuna?

El puesto de Temístocles fué ocupado por Cimón, hijo de Milciades, igual á su padre en habilidad, pero superior en rectitud (1). De los errores de una juventud extraviada le habia convertido Aristides á una incorruptible probidad, unida á una afectuosa cortesania. Para conservar la paz de su patria y la unidad de la Grecia, continuó la guerra con los Persas; y resolviendo sobre Tracia, se apoderó de Anfipolis y Eione, cuyos habitantes, antes que rendirse, se arrojaron á las llamas. De este modo quedó libre la Europa del dominio de los Persas. Siguiéndolos hasta el Asia, Cimón á la cabeza de trescientas naves hizo rumbo á la Caria y la Licia, excitando á la libertad las colonias griegas y limpiando la isla de Sciros de los Delopes, corsarios tan temibles como los Uscoques modernos.

La muerte violenta de Jérges, y las consiguientes turbulencias, habian impedido á la Persia oponerse á la invasion; pero apenas Artajerjes se afianzó en el trono dando la muerte á Artábano, que le habia franqueado el camino inmолando á su padre, cuando envió tropas que recobraron á Chipre, y reunió una soberbia escuadra en las riberas del Eurimedonte. Cimón, dando sobre ella, la deshizo; y trahió los suyos á las naves enemigas vestidos á la usanza persa, y aproximándose de este modo al ejército de tierra, desembarcó haciendo en él un gran estrago, y alcanzando en un solo dia dos victorias dignas de Salamina y de Platea. Parte del riqui-

(1) TH. LUCAS, *Versuch einer Charakteristik Cimons*. Hirschberg, 1832.

simo botín fué consagrado á los dioses, parte destinado á la fortificacion de Atenas: con la que á él le cupo, hermoseó Cimón á su patria con pórticos, calles y jardines; y al año siguiente prosiguió sus victorias apoderándose del Quersoneso.

410. Murmuraban los aliados de que á ellos les tocasen las fatigas, y á los Atenenses la gloria y la utilidad, y hablaban de disolver la liga y de proporcionarse reposo. Consintió en ello Cimón, con tal que en vez de soldados aprontasen las naves y contribuyesen con cierta cantidad; por cuyo medio los debilitó, al paso que acrecentó el poderio de Atenas. La Eubea, Naxos y Tasos, que se negaron á dar nada, fueron sometidas por la fuerza; justificando la razon de Estado la violacion de los pactos celebrados con Aristides. Atenas se aseguró tambien exteriormente en las costas de Macedonia, estableciendo colonos en Anfipolis.

406. — 403. Para oponerse Esparta á aquel incremento, declaró la guerra á Atenas; pero la apartaron de ella terribles calamidades. La tierra tembló de modo que una de las laderas del Taigeto se derrumbó sobre la ciudad, sepultando veinte mil personas. A favor de este desastre los Mesenios sacudieron su dura servidumbre; y vuelta á su ser aquella Itome, donde un tiempo habian defendido su independencia, sostuvieron diez años la guerra. Durante ella, Cimón, temiendo el contagio de la sublevacion, persuadió á los Atenenses á enviar socorros á Esparta, que se negó á admitirlos. Los demagogos se valieron de esta ocasion para dar á entender al pueblo que Cimón trataba de acuerdo con los Lacedemonios de rebajar el poder de Atenas, y no fué necesario mas para que lo reputasen digno del ostracismo.

461. El principal promovedor en contra suya habia sido Pericles, á quien Zenon de Elea y Anaxágoras habian iniciado en los misterios de la naturaleza, enseñándole á despreciar las cosas que atemorizaban al vulgo. De nacimiento ilustre, bellísimo de cuerpo, riquísimo de ingenio, elocuente, conocedor de los tiempos y de los hombres, dotado de aquella superioridad que se requiere para ser buen político á costa de la justicia y de la honradez, muy sobre sí cuando hacía uso de la palabra, fué el primero que meditó de antemano, y escribió sus discursos, haciéndose á sí propio esta advertencia: *Ten presente que vas á hablar á hombres libres, á Griegos, á Atenenses*. Pedía á los dioses que no permitieran saliese de su boca ninguna palabra mal sonante para el delicado oido de sus conciudadanos: *Sus palabras*, dice su contemporáneo Aristófanes, *eran truenos y rayos que conmovían la Grecia entera*. Á la elocuencia de la palabra unía la sutileza de los argumentos; por lo cual Tucídides el antiguo hubo de decir: *Despues que lo tengo derribado en tierra, exclama: No, no es verdad, estoy en pie; y se lo hace creer al pueblo*. Presentábase raras veces en la tribuna; por cuya razon cualquiera cosa adquiria importancia solo con que él la tomase

por su cuenta. Diestro en aparentar tanto menos interes por las cosas, cuanto mas le interesaban, ni á los honores, ni á las riquezas, ni á su utilidad privada parecia prestar atencion alguna. Daba ó aparentaba dar oídos al parecer ajeno, y obraba siempre con aquella moderacion que subyuga á los contrarios y atrae á la multitud. Un adversario le llenó un dia de injurias, y habiendo al fin de la discusion cerrado oscura la noche, Pericles mandó á un siervo suyo que la fuese alumbrando hasta su casa (1).

Habiéndose mezclado en los asuntos del gobierno, trató siempre de aumentar la autoridad del pueblo, con la mira de que este pudiera cederle de ella mayor suma; y á tal objeto dirigió todas sus providencias durante su dominio; que dominio puede llamarse con propiedad el que ejerció durante cuarenta años. Sin embargo, no fué ni arconte, ni general, ni aun pudo introducirse en el Areópago: por lo cual estudió el medio de mermarle la autoridad. Con efecto, Efiltes arrebató á aquel tribunal el conocimiento de muchos delitos, la inspeccion de los juegos, la revision de las leyes y la vigilancia sobre las costumbres, desacreditándolo ademas con introducir en él personas indignas. Y á fin de que en los juicios populares no faltasen asesores, Pericles hizo señalar una retribucion á los que asistiesen á ellos; de modo que los tribunales se llenaron de gente ociosa y vagabunda. Hizo tambien que á los pobres se les asignase un salario con el cual pudieran asistir á los espectáculos, y que se les distribuyesen parte de las tierras conquistadas; y así se aumentaron extraordinariamente los ociosos que no sabian mas que charlar, comentar incesantemente las leyes, y poner en las nubes á quien les proporcionaba aquella abundancia. Entónces la plebe dominaba enteramente; vendíase los empleos, y la administracion económica que habia introducido Aristides, se convirtió en un gobierno espléndido y dispendioso. Á mas de esto la disolucion se insinuaba bajo balagüeñas apariencias; la casa de la cortesana Aspasia era el punto de reunion de lo mas florido que tenia la Grecia: Aspasia fué la que amaestró á Pericles en la elocuencia; á ella le enviaban las madres sus hijos para perfeccionar su educacion, los maridos sus esposas para que adquiriesen maneras delicadas; y á su escuela concurrían al mismo tiempo otras jóvenes para aprender el arte de sacar el mejor partido posible de su belleza.

Pericles, que habia dominado á los hombres notables favoreciendo á la multitud, tuvo á esta sujeta proporcionando ocupacion en continuas guerras á los belicosos, constante trabajo á

Pericles hermosea á Atenas.

(1) G. M. A. WERT, *Pericles und Kleon, ein Beitrag zur politischen Entwicklungsgeschichte Athens*. Posen 1836.
KUTZEN, *Pericles als Staatsmann*. Grimma. 1834.
OGIENSKI, *Pericles und Plato*. Wratzlaw 1837.
BOOT y CLARISSE, *De Periclis vita*. (Actas de la Acad. de Maestricht 1833.)
R. L. BENTZER, *De rebus Athen Pericle duce*. Gottinga 1831.
R. WESER, *Über Pericles Standrede*. Darmst. 1827.
J. CHR. GOTTHEBER, *De moribus Periclis in Gorgiae apressis*. Misene 1775.

los hombres pacíficos, y alimento al ingenio, que llegó entonces á su mayor altura. El Pireo contenía cuatrocientos bajeles, sin contar los que ocupaban las ensenadas de Muniquio y de Falera, la última de las cuales y el Pireo estaban unidos por medio de una muralla á la ciudad, que ocupaba un espacio de sesenta estadios, circundado de olivares, entre los que serpenteaban el Iliso y el Cefiso. Por los caminos y alrededores no se veían mas que pórticos, pinturas, esculturas, inscripciones, columnas llenas de máximas filosóficas, trofeos de armas cogidas á las Persas, ó á los Espartanos, y tripodes de los vencedores en los juegos. El teatro de Baco admitía hasta trescientos mil espectadores. Once millones de francos invirtió Pericles en la fábrica de los Propileos, magnífico vestíbulo dórico de la ciudadela, lleno de obras de Fidias, de Miron y de Alcaménos: él fabricó también el Partenon dedicado á Minerva, y el Odeon para los certámenes músicos; en suma, el estado de la ciudad justificaba aquellos versos de Lisipo: *Quien no desea ver á Atenas es un insensato: lo es igualmente quien la ve y no la admira; y es mas insensato aun quien despues de haberla visto y admirado la abandona.*

En cuanto al exterior, Atenas haciéndose cada vez mas onerosa para los aliados, acrecentó el tributo, y trasladó desde Delos á su recinto el tesoro comun; lo cual la hizo tomar un carácter mas decidido de metrópoli. Crecian con esto las rivalidades, y Esparta añadía leña al fuego, tanto que Corinto y Epidaurio se levantaron y derrotaron á los Atenenses en Alie; pero estos no tardaron en recobrarse, y sometieron ademas á Egina. Habiéndose suscitado en esta ocasion una contienda entre Corinto y Megara sobre demarcacion de límites, Atenas tomó parte por esta última, y fueron los Corintios derrotados por Mirónides cerca de Cimolia.

Habiendo despues los Espartanos protegido á los Dorios contra los Focenses, se encendió una guerra entre Atenas, Esparta y la Beocia. Á su rompimiento, el desterrado Cimon se presentó al ejército ofreciendo su brazo y sus consejos; pero le fué intimada la orden de retirarse, y un centenar de amigos suyos, de quienes se sospechó que lo favorecian con daño de la patria, lavaron esta sospecha con morir todos combatiendo en Tenagra, donde los Espartanos triunfaron. Al año siguiente Mirónides derrotó en aquel mismo punto á los Beocios, mientras que Tolmídas y Pericles hacian señaladas conquistas, y llevaban el terror hasta los territorios inmediatos á Esparta.

Pericles mismo, al experimentar la primera derrota, propuso que se llamase á Cimon, desterrado hacia cinco años. Este, al regresar á su patria, encontró en armas á toda la Grecia. Esparta acababa de apoderarse de Itome, ahogando en sangre la tercera guerra de los Mesenios, á cuyos restos daba Atenas acogida en su seno; Argos habia destruido á Micénas, antigua cuna de héroes; los Eleos demolian á Pisa, que tenia

la presidencia en los sagrados juegos olímpicos; Atenas hostigaba al Peloponeso que Tolmídas y Pericles acometian por la parte del mar. Cimon propuso un armisticio, que tácitamente aceptado, se convirtió luego en una tregua de cinco años; y para dar otro desahogo al espíritu guerrero, movió guerra á la Persia.

Algun tiempo antes se habia rebelado contra esta el Egipto, expulsando á las guarniciones y á los exactores de tributos, proclamándose independiente. Inaro de Libia, jefe de aquel movimiento, recurrió á los Atenenses, los cuales enviaron en su ayuda los doscientos bajeles armados contra Chipre; y los Persas, vencidos, se vieron obligados á encerrarse en Ménfis. Pero su capitán Megabazo, aprovechándose de los muchos canales, cambió el curso del Nilo, de manera que la armada de los Atenenses quedó en seco. Estos, por no dejarla en poder de los enemigos, la incendiaron, y se disponian á abrirse paso con las armas, cuando lo obtuvieron por medio de un tratado; pero los pocos que sobrevivieron á la batalla y á las enfermedades, perecieron casi todos en la retirada. Los Fenicios echaron á pique ademas otras sesenta naves que se habian enviado de refuerzo.

Resarcíó estos desastres Cimon, á quien la victoria se conservaba fiel, y atendiendo á la importante conquista de Chipre, acometió á Salamina. Entonces Artajerjes, cansado ya de cincuenta años de guerra desastrosa, propuso y obtuvo pactos, en los cuales se convino que todas las colonias griegas de Asia quedasen libres; que las escuadras persas se mantuviesen á la distancia de tres jornadas de la costa occidental; que ninguna de sus naves surcaría el Egeo ni el Mediterráneo; que los Atenenses se retirarían de Chipre y no molestarían mas al gran rey. Tales eran las condiciones que una sola ciudad griega dictaba al imperio mas poderoso.

Cimon no llegó á gozar de esta gloriosa paz que era obra suya, porque murió de resultas de sus heridas. Fué general afortunadísimo en el campo de batalla, y no ménos hábil para ajustar tratados y cautivar la voluntad de los enemigos; rico en virtudes apacibles, benéfico, modesto, cortés, obstinado gloriosamente en lanzar de Europa á los Persas, y en restituir la paz interior á los Griegos; y á su muerte se echó de ver cuánta influencia tenia su autoridad para este objeto.

CAPÍTULO XIII

Guerra del Peloponeso.

Á la manera que, rotos los diques, se desbordan las aguas por ellos contenidas, así á la muerte de Cimon se desbordaron las rivalidades mal encubiertas: faltando el comun enemigo cesó el sentimiento comun que unia á los Griegos; Atenas no fué ya necesaria; y desde la paz de Artajerjes hasta la batalla de Queronea, transcurrieron ciento once años de paz exterior y de intestinos desastres.

Duraba todavía la tregua de cinco años, cuando los Delficos disputaron á los otros Focidenses la posesion del famoso templo de Apolo: los Espartanos favorecieron con las armas á los primeros; Atenas se declaró por los segundos por consejo de Pericles. Habia este pretendido disuadir á los Atenenses de la guerra contra los Beocios: y luego que en ella quedaron derrotados, creció tanto su popularidad que no le faltaba de rey sino el nombre; y sabía mantenerla prodigando el tesoro público en fiestas ostentosas. Las ciudades aliadas, que se veían obligadas á contribuir para las diversiones de Atenas con un tributo tres veces mayor que aquel en que habian convenido, pasaban de los lamentos á las amenazas; mas Pericles no hacia de esto gran cuenta, persuadido de que si llegaban á alzar la cabeza podría sojuzgarlas, y pagarían así mucho mas. En efecto Tasos, Naxos, Egina, Eubea, Sámos y otras de menor importancia se levantaron; pero olvidando que en la union está la fuerza, fueron vencidas una tras otra por Pericles, desmanteladas, obligadas á recibir guarniciones atenienses y á pagar. Pericles guiaba una escuadra de cien naves con la cual recorría las aguas del Peloponeso y del Ponto, para hacer concebir una alta idea de Atenas; esta por su parte ponía al héroe en las nubes; y aquel, gobernando á su capricho, impedía que se notaran los males del gobierno popular, evitaba toda imprudencia, y procuraba hacer creer que se debía á él solo la grandeza de Atenas.

Los aristócratas, sin embargo, no habian cesado de contrariarlo, siendo entre ellos el principal Tucídides, inferior á su émulo en el campo de batalla, superior en el consejo, pero que sucumbía en la contienda, y que condenado al ostracismo, dejó á los magnates sin apoyo y á Pericles dueño absoluto del gobierno. Propagaba este la democracia entre las ciudades aliadas, y principalmente en Sámos, que se le entregó despues de nueve meses de asedio; y con sus triunfos llenó el erario, haciendo á Atenas robusta dentro y respetada fuera.

Como para dar testimonio de la primacia de su patria, invitó á que enviasen legados á Atenas para deliberar sobre la manera de cumplir los votos hechos á los extranjeros. Los mas lejanos acudieron á la invitacion; pero los Europeos, advirtiendo que de este modo venía á ser reconocida Atenas por cabeza y centro de las deliberaciones, lo consideraron como un acto degradante, y de ahí comenzaron á fermentar los gérmenes del descontento. Apareció el primer fruto en la disension entre Corinto y Corcira, colonia suya, que habiendo llegado á grande riqueza, toleraba ya mal la dependencia. Habiendo los Corintios enviado á Epidamno (*Durazzo*), colonia de Corcira, socorro contra las correrías de los Bárbaros, los Corcirenses despechados armaron cuarenta naves, derrotaron á los Corintios cerca de Accio, recobraron á Epidamno, dando muy buena cuenta de todos los Corintios que allí cogieron y de las tierras

de sus dependientes aliados y sometiendo ademas la Elide, tierra santa de la Grecia.

Hecho esto, y temiendo la venganza de los Corintios, pidieron y obtuvieron socorros de Atenas, que admitió gozosa la ocasion de afrentar á las provincias septentrionales, y de atraerse la amistad de una isla muy á propósito para los designios que ya fraguaba sobre la Sicilia y la Italia, y para impedir que llegasen socorros marítimos al Peloponeso. Porque, si bien despues de cortas hostilidades, se habia renovado por treinta años la tregua con Esparta, era fácil prever que no duraría mucho entre dos ciudades codiciosas de la supremacia. No queriendo sin embargo los Atenenses romper abiertamente con los Corintios, hicieron solo liga defensiva con Corcira, y cuando esta fué acometida le enviaron diez galeras, que unidas á las ciento diez de aquella isla, alcanzaron una señalada victoria.

Los Corintios, no pensando mas que en suscitar enemigos contra Atenas, instigaron á Pérdicas II, rey de Macedonia, á sacudir la dependencia, y á Potidea, colonia corintia en la Calcídica, llave de las posesiones de Tracia, á negarle el tributo. Acudieron los Atenenses á mantenerla en su deber, socorriéronla los del Peloponeso, trabóse una batalla, y Potidea quedó sitiada por los primeros.

Á una queja suelen seguir otras muchas. Quejóse Megara de que, en castigo de haber protegido á los refugiados, le hubiese Atenas cerrado los puertos privándola de subsistencias; quejóse por su parte Egina de haber sido reducida á esclavitud; otras ciudades alegaron diversos motivos de resentimiento, y Corinto las instigaba á exponer sus agravios á Esparta. Los hombres sensatos de esta no creían prudente atraer sobre sí todo el poder de Atenas; pero los deseosos de guerra prevalecieron. Celebróse en Corinto una conferencia de las siete repúblicas del Peloponeso (permaneciendo neutrales Argos y Acaja), y de las nueve de la Grecia Septentrional, á excepcion de la Acarnania, algunas poblaciones de Tesalia y las ciudades de Naupacto y de Platea que permanecieron fieles á Atenas; y se decretó la guerra para libertar á Potidea.

La tempestad retumbó en Atenas que se halló conducida á tan mal paso por su predilecto Pericles. No cesaban de ridiculizarle los satíricos, asegurando que la causa de aquella conflagracion era Aspasia, corazon de Pericles y deleite de quien la pagaba, la cual se habia irritado con los Megareses porque le habian arrebatado dos doncellas. *Por tres meretrices*, decia Aristófanes, *se conduce á la patria á un precipicio*. Anaxágoras, maestro de Pericles, fué entonces acusado de impiedad y condenado á muerte, cuya sentencia se le conmutó, gracias á la elocuencia de su discípulo, en multa y destierro. Al eminente escultor Fidias, protegido de Pericles, se le acusó de haber sustraído parte del oro que le fuera entregado para la estatua de

430.

Expedición á Egipto 433 433.

448.

447.

446.

444.

441.

Paz de Cimon. 439.

Muerte de Cimon.

Guerra entre Corinto y Corcira.

435.

431.

Sitio de Potidea. 433.